

Gráfico
DE MARTÍNEZ DE LA TORRE

CRÓNICAS

de Tlapacoyan



ALFONSO DIEZ GARCÍA



alfonso@codigodiez.mx

Ella no era ninguna indita que hubiera vivido con esa tradición arraigada de hablar de usted a todo mundo. Tampoco veía a su amigo como su confesor, ni como la autoridad a la que hay que respetar. A Dios le hablaba de tú. ¿Qué sucedía? ¿Cómo explicarlo? Ninguno pudo hacerlo. Desafortunadamente, tal manera inexplicable de comportarse nos deja con un final inesperado, con el que termina esta triste historia.

Atravesaron por muchas vicisitudes, enfrentaron problemas y los tuvieron entre ellos, pero aunque se separaran, siempre volvían a estar juntos, se necesitaban y ambos lo sabían. En las buenas y en las malas prevaleció el gran aprecio que se tenían. Un hilo invisible conecta a aquellos que están destinados a encontrarse, sin importar el tiempo, el lugar, ni la circunstancia. El hilo se puede estirar o enredar, pero nunca se romperá.

Pasaron los años, siguieron siendo amigos, pero la amistad poco a poco se fue enfriando porque ninguna puede crecer lo debido cuando se hablan de usted. Ya nunca pudieron recuperar esa magia que alguna vez los unió. No se dieron cuenta de que Dios, o el destino, les había regalado algo que la mayoría de los seres humanos nunca tiene, una bellísima amistad, una unión tal que los convirtió en almas gemelas y la perdieron.

Amor hasta el final

Ésta era la más común de las historias de aquellos que se hablan de usted a pesar de estar casados, en Tlapacoyan. Y aunque parezca increíble, todavía hay matrimonios que siguen esa manera de conducirse en el matrimonio.

Es el caso de Juana y Pedro. Él parecía el patrón de ella porque una palabra suya equivalía a una orden. Juana jamás desobedeció a su esposo e invariablemente le hablaba de usted. Y no era algo que él le hubiera pedido, era la forma de ser de Juana, así la educaron.

Lo curioso del caso es que a ella le daba pena, inclusive, dormir en la misma cama con él. Cuando se despedían, ella tomaba un petate que siempre permanecía enrollado a un lado de la cama, lo extendía, le ponía sábanas, almohada, un sarape y ahí dormía. Pedro, sin inmutarse, lo hacía plácidamente en la cama matrimonial. Se amaban en la cama, pero ella la abandonaba para irse a su petate cuando se disponían a dormir. El deseo sólo podía expresarlo él y sólo cuando él lo decidía hacían el amor. Y en verdad se amaban. Pero además, ninguno hizo nunca nada para cambiar tal manera de convivir. La sumisión era total.

Cuando salían a la calle, cada uno por su lado y por casualidad se llegaban a encontrar, ella sólo agachaba la cabeza sin voltear a verlo, a menos que él la llamara. Juana le decía "mi señor" a Pedro y él le llamaba simplemente Juana. ¿Qué tanto se querían? ¿De qué forma?

Estaban casados, pero ella se comportaba como su sirvienta. Le preparaba la comida, se la servía y sólo hasta que él se levantaba de la mesa ella ponía su plato y comía y generalmente lo hacía en la cocina.

Cuando salían juntos Juana siempre caminaba detrás de Pedro, como si fuera su soldadera,

o como si él fuera el rey y ella un vasallo que no podía atreverse a caminar al lado de él. Pero no se trataba de que el fuera grosero, o ella una dejada, simplemente era la costumbre que arrastraban estos dos pobres seres desde tiempos inmemoriales.

Un infarto temprano, como sucede con frecuencia en Tlapacoyan, acabó con la vida de Pedro. Lo trajeron a la casa y acomodaron el ataúd con el cuerpo en la sala. Alrededor de éste y en la calle los familiares de ambos colocaron sillas para todos los que acudieran a dar el pésame. Se repartieron tamales, café y pan de dulce. Ella se veía destrozada. Se sentó en un sillón y durante horas permaneció ahí, con la mirada fija en el piso. De repente, en la madrugada, Juana se levantó, abrió la tapa del ataúd y se le quedó viendo a Pedro, que yacía inerte en el interior. "Pedro", le dijo Juana con sinceridad, "por favor, no me dejes, te quiero mucho; si te vas, qué voy a hacer sin tí". Al final, Juana le pudo hablar de tú a Pedro, pero ya era tarde, él no pudo escucharla.

Trágica historia de amor

Rafael nació en Tlapacoyan y salió por primera vez de la población cuando empezó a estudiar en Teziutlán la carrera de Contador Público. Con el título en sus manos tuvo la oportunidad de irse a trabajar a la Ciudad de México con un sueldo que no podía lograr en su pueblo. El negocio en el que laboraba era de un tlapacoyense también, así que se sentía a gusto. Cada quince días aprovechaba el fin de semana para regresar a su hogar y pasarla en familia. En ocasiones tomaba el autobús de la media noche del viernes y llegaba en la madrugada del sábado. Cuando no alcanzaba boleto salía a las 6:30 de la mañana y a las 11:30 ya había llegado a su destino. Se regresaba a la Ciudad de México el domingo ya tarde y así aprovechaba los dos días para disfrutar de familiares y amigos.

Una de las muchachas que atendía al público era prima del dueño, aunque no de Tlapacoyan; se llamaba Yolanda y despertó la simpatía, llamémosle así, de Rafael, desde que la vio por primera vez. La atracción fue recíproca. Cuando terminaban sus labores, Rafael acompañaba a Yolanda a su casa y en unos meses ya era conocido por los padres y hermanos de ésta. Le invitaban el cafecito con pan, que finalmente se convirtió en la cena obligada en compañía de toda la familia.

Desde que Rafael trató por primera vez a Yolanda le habló de usted. Era la sobrina del dueño y no se le ocurrió hablarle de tú, de ninguna manera. Ella a él, al contrario, le hablaba de tú. Se hicieron novios, iban al cine juntos, a fiestas de amigos y familiares, pero Rafael seguía hablándole de usted. Ella le insistía: "Háblame de tú, me hablas de usted y me da la impresión de que no me quieres. Somos novios. ¿No te das cuenta que es ridículo que me sigas hablando de usted?". Rafael lo intentaba, pero no podía. Algo sucedía, algo inconsciente le impedía hablarle de tú a la mujer que amaba.

Los padres de Yolanda no podían explicarse que Rafa tuviera ese problema y lo quería atribuir a que era de Tlapacoyan y pensaban que así se acostumbraba en esta población, pero el dueño del negocio en que trabajaba Yolanda era sobrino del padre de ella, aunque éste

Hablar de usted puede ser causa de una tragedia

no era de Tlapacoyan, y estaba muy lejos de comportarse de la misma manera que Rafael. Al contrario, se trataba de un hombre muy sociable, con don de gentes. Así que, descartada esta posibilidad, atribuyeron el comportamiento de Rafael a algún desorden psicológico no resuelto. Hablaron con su hija y le hicieron ver que una persona así no era el esposo ideal para ella, que ni pensara en casarse con él porque no iban a lograr la prosperidad, el éxito que los novios esperan tener cuando llegan al casamiento.

Yolanda habló de todas las maneras posibles con Rafa, para que éste le hablara de tú, pero no logró nada. Y él, no sabía qué era lo que le sucedía, lo intentó en diversas ocasiones, pero no pudo superarlo.

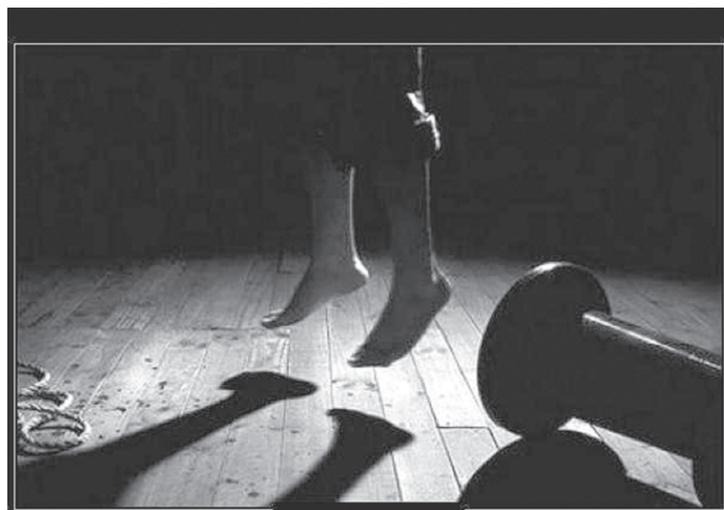
Ella tomó una decisión desesperada y en sus propias palabras esto fue lo que hizo: "Quería que me demostrara su amor, estar segura de que me quería y una noche le dije que lo dejaría. No pidió ninguna explicación, agachó la cabeza y se marchó. Creí que mi amor le daba igual, que los besos que le daba ni siquiera los sentía. Ahora me doy cuenta de que sí me quería, pues esa misma noche se quitó la vida. Dejó escrito en un papel: 'Por ti lo hago, vida mía'".

Y así fue, Rafael rentaba un departamento junto a su hermano en el centro de la Ciudad de México, cerca de la oficina en que trabajaba y cerca también de la casa de su novia. Cuando ella le dijo que lo iba a dejar, el comprendió que no había remedio porque no había podido superar su problema y así no habría vida posible para ambos, así que se dirigió a su casa, decepcionado de la vida, de sí mismo. No había nadie en la habitación, tomó un banco, se subió y lanzó una cuerda a una viga en el techo, se la puso alrededor del cuello, aventó el banco con los pies y ahí quedó colgado, sin vida. Se encontró una nota dirigida a Yolanda que decía: "Por ti lo hago, vida mía". En la antesala de la muerte, Rafael por fin pudo hablarle de tú, por escrito, en su nota de despedida.

Por la mañana, su hermano descubrió el cuerpo y comunicó la noticia a Yolanda y a su familia en Tlapacoyan. Ella cayó en una depresión total y se culpaba de la muerte de Rafael porque le dijo que lo dejaba como medida desesperada para que éste le hablara de tú, pero nunca pensó que lo estaba orillando al suicidio. No había vuelta atrás, Yolanda se encerró en su cuarto y no quería comer nada. Unos días después, por la mañana, sus padres la encontraron sentada en la cama, mirando por la ventana hacia ningún lado, con los ojos abiertos, pero ya sin vida. Murió de tristeza.

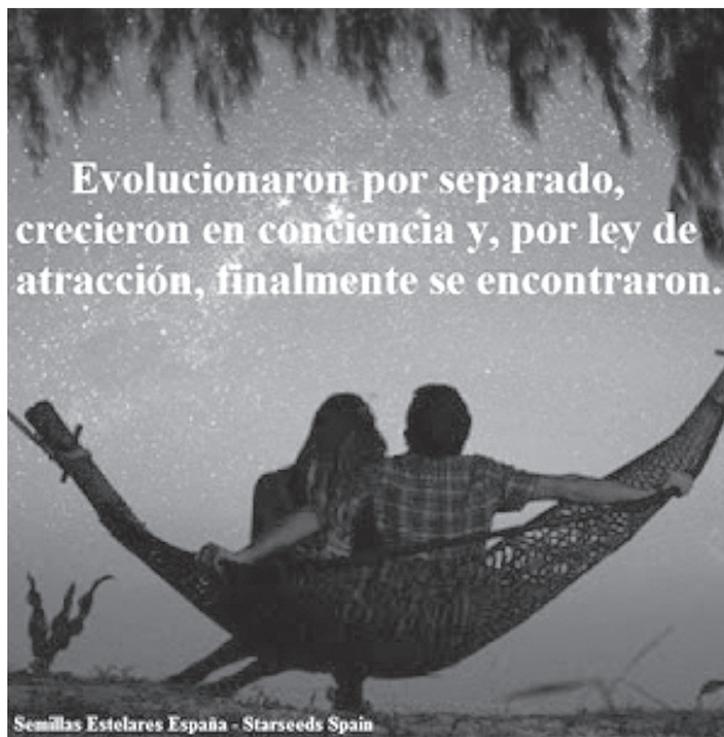
Un hilo invisible conecta a aquellos que están destinados a encontrarse, sin importar el tiempo, el lugar, ni la circunstancia. El hilo se puede estirar o enredar, pero nunca se romperá.

-SIR MUSE



Tragica historia de amor

Quería demostrar su amor, estar segura de que me quería y una noche le dije que lo dejaría. No pidió ninguna explicación, agachó la cabeza y se marchó. Creí que mi amor le daba igual, que los besos que le daba ni siquiera los sentía. Ahora me doy cuenta de que sí me quería, pues esa misma noche se quitó la vida, poniendo en un papel: "Por ti lo hago vida mía"



Semillas Estelares España - Starseeds Spain